



LECTURAS

En nombre propio

Sara Ardila-Gómez

Edición del autor, 2.^a edición, 2025.

En 2019, la autora de este libro, Sara Ardila, recopiló veintiún relatos de mujeres que transcurrieron largos períodos de sus vidas internadas en un hospital psiquiátrico de la provincia de Buenos Aires y que luego pasaron a vivir en la comunidad. Cada relato está escrito en primera persona, editado por la autora del libro y revisado por cada una de las mujeres. El uso que ellas hicieron de sus propias historias merece, por sí mismo, un comentario: impresiones caseras en papel, atesoradas en sus carteras como un preciado autorretrato; puentes para reencuentros; la satisfacción de haber logrado compaginar una historia compleja y dolorosa que terminaba infinitamente mejor de lo que había transcurrido. Un adelanto, la historia de María, fue publicado en el número 136 de *Vertex* en diciembre de 2017.

En 2025, con motivo de los 35 años de la Declaración de Caracas, esta segunda edición —en coincidencia con la disponibilidad de una [versión en inglés](#)— incluye un nuevo epílogo en formato epistolar. En primer lugar, el ex asesor regional de la Organización Panamericana de la Salud, Itzhak Levav —fallecido poco antes de esta edición— dialoga con la autora ni bien estuvo disponible la primera edición del libro. Luego, es el destinatario de una carta imaginaria en la que se actualiza qué sucedió con cada una de las mujeres que narran sus vidas en estas páginas. Los relatos, en cambio, se mantienen tal como fueron editados oportunamente. Lo mismo ocurre con la introducción, "Abriendo agujeros en nuestros muros mentales", una síntesis magistral de los desafíos que enfrentamos los profesionales de la salud mental para comprender la perspectiva de las personas usuarias de los servicios de salud mental.

Durante la preparación de su tesis doctoral sobre la evaluación del Programa de Rehabilitación y Externación Asistida (PREA) desde la perspectiva de las personas usuarias, mediante una beca doctoral del CONICET, Sara Ardila realiza una serie de entrevistas

que culminan en un pedido tan sorprendente como anhelado por cualquier investigador: "¿Te puedo contar mi vida?". De allí surge una sucesión de relatos que abarcan los preludios de la internación, la primera impresión al comenzar a vivir en el hospital "José A. Esteves", las adaptaciones a esta nueva vida, los prolegómenos de la externación y, finalmente, la vida en la comunidad.

Muchas de estas mujeres tienen una comprensión de cómo llegan al hospital que contrasta fuertemente con la visión profesional. Básicamente, no logran entender por qué se decide la internación y, como corolario, todo el evento queda teñido por esa falta de sentido. También sobresale la experiencia personal previa —muchas tuvieron parejas y trabajo, algunas también hijos— que se sostuvo durante un tiempo, sin que estas mujeres logren percibir con claridad qué fue lo que se quebró antes de la internación; el quiebre queda así atribuido únicamente a la internación misma.

Le siguen las pérdidas: la pérdida de la privacidad, de las conexiones con el afuera (y, en muchos casos, de los hijos), de la autonomía, de la posesión de las pertenencias y, en última instancia, de la sensación misma de ser persona. Algunos profesionales y, muy especialmente, algunas compañeras les ofrecen una alternativa a la condena del vacío y al abandono de sí mismas. Son vínculos que se forjan en situaciones límite —como quienes van juntos a la guerra o permanecen privados de la libertad— y que se sostienen durante los momentos más inefables y dolorosos que se pueden experimentar. No es una opinión sobre las internaciones; es lo que queda testimoniado en estas páginas.

Pero la externación, después de períodos tan prolongados, no siempre es anhelada —ni siquiera imaginable. Vivir en un hospital, pasar años internado, tiene poco que ver con superar una crisis en un contexto resguardado al cabo de algunos días o semanas. Después de cierto tiempo, la vida en la comunidad puede

resultar tan lejana que los síntomas psiquiátricos que en su momento motivaron la internación pasan a ser detalles menores, de escaso peso en la estrategia para volver a la sociedad. Una vez más, las compañeras y los profesionales aparecen como apoyos irremplazables, y los relatos lo atestiguan de manera insistente. El acceso a esos vínculos, narrados en primera persona, es un privilegio que nos regala la autora.

Finalmente, vivir en la comunidad. Alguien podría esperar encontrarse con vidas amenazadas por la inestabilidad, situaciones extremas o descompensaciones frecuentes. En cambio, al llegar a este punto, los relatos se vuelven anodinos, comunes. Ese es el éxito del programa de externación: las personas hablan poco de él una vez que viven en la comunidad; sus vidas pasan a ser bastante parecidas a las de cualquier otro vecino, aunque en algunos casos con la lucidez de saber que esa vida “ordinaria” contrasta con otra que no muchos han conocido. Este libro nos acerca a

comprender cómo se vive esa situación extraordinaria y nos ofrece la oportunidad de revisar si nuestro trabajo en los servicios de internación nos ha ayudado a entenderla o si, simplemente, nos ha vuelto un poco más inmunes al dolor que conlleva.

Con todo, el libro está en las antípodas de las proclamas antipsiquiátricas. Muchas mujeres rescatan el valor de sus tratamientos, la ayuda de la medicación y las virtudes humanas de tantos profesionales que confiaron en ellas. Lo que sí queda fuertemente cuestionado es que el hospital pueda ser un lugar para vivir. En este sentido, implementar las transformaciones necesarias requiere afrontar los desafíos técnicos y políticos —incluida la evaluación de los costos económicos— sin minimizar ninguno de ellos. *En nombre propio*, disponible de forma gratuita para su [descarga en formato PDF](#), es una invitación inmejorable para seguir avanzando en este camino.

[volver al índice](#)